*cantharus*, lo cual significa una larga pila de agua, con una estatua de grotesca forma, por la cual suben las aguas y en la que los fieles lavan sus manos antes de entrar:

Sancta nitens famulis interfuit atria lymphis
Cantharus, intrantumque manus lavat amne ministro.

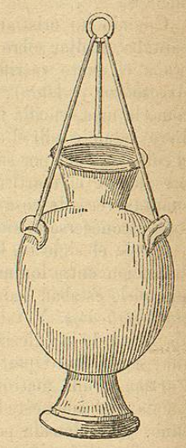
En algunos puntos, estas fuentes estaban rodeadas de leones que echaban agua por la boca, de donde viene la expresión de algunos modernos λεοντάριον. Esto es lo que nos dice el anónimo Bizantino, citado por Du Cange, (*Cpolis Christian.*, l. VIII) á propósito de los embellecimientos de Santa Sofía por Justiniano. Pero aquí la fuente, colocada por este Emperador bajo el propileo de la basílica, toma el nombre de *phiala: Fecit autem circa phialam porticus duodecim, in quibus erant fontes, leonesque aquam eructantes, e quibus populus lavaretur*, «construyó alrededor de la *phiala* doce pórticos, en los que había fuentes, con leones que echaban agua, con la cual se lavaba el pueblo». Pablo el Silenciario se vale de la misma palabra para designar el mismo objeto, φιάλη. Otros lo nombran *nympheum;* Paciaudi (*De baln. Christ.*, pág. 136, tav. III) ha ilustrado un objeto de esta clase existente no lejos de la ciudad de Pisauro en Istria; M. Mezières, miembro de la Escuela Francesa de Atenas, ha descrito en los *Archives des missions scientifiques et littéraires* (t. III, pág. 149) una iglesia de los primeros siglos, del monasterio de San Demetrio, sobre el monte Ossa, en la antigua Magnesia, en cuyo *atrium* se ve todavía hoy la fuente, *cantharus*, adornada de elegantes columnitas.

Nada igualó jamás á la magnificencia que los soberanos pontífices desplegaron en esta importante parte de las basílicas de Roma. Basta echar, para convencerse de ello, una ojeada á la vida de los Papas, por Anastasio el Bibliotecario, y especialmente sobre las de Anastasio II, de San Hilario, de Simmaco, de San Sixto, que pusieron en el *atrium* de varias basílicas fuentes de pórfido y de otras materias preciosas. Pero el monumento quizá más notable de este género, es el *cantharus* con que San León el Grande dotó á la basílica de San Pablo en la Via de Ostia, y que tan bellos versos inspiró á Ennodio de Pavía (Ennod. Ticin. opp. *Carm.*, CXLIX., ap. Sirmond, t. I). Puede verse la reproducción de una de estas fuentes con surtidores en un mosaico de San Vital de Rávena, que representa á la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, rodeada de toda su corte, en el momento de hacer su entrada en ese ilustre templo (Ciampini. *Vet. monim.*, t. II, tav. XXII). Al final de nuestro artículo *Basílica* hemos reproducido la fachada del antiguo Vaticano; en medio del *atrium* existe el *cantharus*, en el interior de una cúpula sostenida por columnas.

Respecto á la costumbre que tenían los fieles de lavarse las manos antes de entrar en la iglesia, está comprobada por todos los Padres, entre ellos San Crisóstomo, que á tal costumbre alude con frecuencia en sus homilías (Homil. LII. *In Matth.*, LII. *In Joan. et passim*). Tertuliano habla también de ella en su tratado de la Oración (c. XI). Algo semejante había en la antigüedad pagana, porque Séneca menciona (Epist. CXXI) «el agua lustral colocada en el vestíbulo de los templos».

La palabra *cantharus* ha sido aplicada por extensión á la pila que contiene agua bendita.

También se ha dado á veces este nombre á un objeto de bien distinta naturaleza, es decir, á una especie de candelabro, *cantharus* ó *cantarium*, del griego κάνθαρος ó κηρόσαρος κανθαρος, que significa «pie de vela». Esta denominación se usa en la liturgia ambrosiana para designar la vela que el subdiácono lleva en una mano en la misa solemne, mientras que con la otra mueve el incensario, rito que no existe más que en esta venerable Iglesia.



Todavía significa una especie de *lycnus* ó lámpara colgada, entre los Griegos βοῦτις, *butto*, y que afecta diversas formas. Objetos de esta clase pueden verse pintados en las paredes de la basílica de San Clemente, á la izquierda de su entrada. He aquí una.

Las diez vírgenes que están representadas en el mosaico del pórtico exterior de Santa María *Trans Tiberim*, llevan también en la mano pequeños vasos casi de la misma forma.

**CÁNTICOS.**—Véase el artículo *Oficio divino*. Apéndice 5.º

**CANTO ECLESIÁSTICO (Origen del).**—I. Desde los orígenes de la Iglesia, fué costumbre cantar salmos en las asambleas de los fieles. San Pablo habla de salmos y cánticos espirituales (*Ephes.*, V, 19), lo que hace suponer que, además de los salmos de David, había también cantos improvisados que cada cual decía repentinamente bajo especial inspiración del Espíritu Santo, como los profetas del Antiguo Testamento, y á la manera de los cánticos de Moisés, de su hermana María, de Débora, de Ana, mujer de Elcana, de Isaías, de la Santa Virgen, de Zacarías, del anciano Simeón, etc. Tales debieron ser el cántico que Nuestro Señor entonó con sus Apóstoles después de la Cena, y aquellos que San Pablo y



Silas hicieron resonar bajo las bóvedas de su prisión de Filippos (*Act.*, XVI, 25). El capítulo XIV de la *primera epístola á los Corintios* (sobre todo á contar del versículo 26) contiene los más curiosos detalles sobre los preciados dones, y especialmente sobre el espíritu profético, que se manifestaban en los fieles en el seno de sus reuniones, así como sobre el santo entusiasmo de que algunos estaban poseídos y que les inspiraba maravillosos cantos.

Esta práctica de la primitiva Iglesia era una de las más difíciles de ocultar; de ella tenían también conocimiento los paganos, y Plinio el Joven, según Tertuliano (*Apologet.*, II), escribió á Trajano que no sabía, respecto á los misterios de los cristianos, ninguna otra cosa más sino que se reunían antes de amanecer para alabar al Cristo que consideraban como su Dios. El mismo apologista hace mención en otra parte (*Ad uxor.*, IX) de la salmódia alternativa *Sonant inter duos psalmi et hymni*; y el texto de la carta de Plinio (lib. X, epist. XCVII) parece también suponerlo así: *Carmen..... dicere secum invicem.* Eusebio cuenta varias veces el mismo hecho, y cita (*Hist. eccl.*, II, 17) un fragmento de antiguo autor que, para probar la divinidad de Jesucristo, alegaba los cánticos que los fieles habían compuesto en su alabanza. Sábese que el Concilio de Antioquía Euseb., V, 25) acusó á Pablo de Samosata de haber abolido los cánticos que era costumbre cantar á Jesucristo, y haberlos sustituído con otros en que se elogiaba á sí mismo.

Muratori ha publicado en sus *Anecdota latina* (t. IV), con el epígrafe *Hilarii hymnus*, una pieza que varios críticos, entre otros el P. Giovenazzi, han creído ser la traducción del himno de los cristianos del tiempo de Plinio. La pieza comienza por estas palabras: *Hymnum dicat turba fratrum*, y al final se encuentran los versos siguientes:

Galli cantus, galli plausus,
Proximum sentit diem
Et ante lucem nuntiemus
Christum regem sæculo.

La disertación del P. Giovenazzi se ha perdido, y hoy día es imposible juzgar del mérito de los argumentos que lo autorizaron para atribuir al himno de San Hilario un tan respetable origen (véase De'Rossi. *Bullet.* 1866, página 55).

El mártir San Ignacio, según el historiador Sócrates (VI, 8), instituyó en Antioquía, de donde se extendió por toda la Iglesia, un canto alternativo, tal como el que le fué permitido escuchar en una visión, cantado por los ángeles. Habiendo también el mismo San Basilio introducido el canto en su iglesia de Cesárea, en Capadocia, los de Neocesárea se lo criticaron como una innovación; el gran Obispo respondió (Epist. LXII *ad Neocæsar.*) que en esto seguía el ejemplo de las iglesias de Egipto, de Libia, de la Tebaida, de la Palestina, de Arabia, de la Fenicia y de otras muchas que habían adoptado y ejecutaban el canto á dos coros: *In duas partes divisi alterni succinentes psallunt.* Sabemos que en los funerales de Santa Paula se cantaron alternativamente salmos por los obispos en cuatro idiomas, en hebreo, griego, latin y siriaco, *hebræo, græco, latino, syroque sermone psalmi in ordine personabant* (*episcopi*).—(Hieron. Ep. LXXXVI *ad Eustoch.*—*Opp.* edit. Martinay., 2, IV, página 688.)

En las iglesias donde todavía no se había introducido la costumbre de cantar los salmos en coro, los clérigos á los cuales se habían transmitido las funciones de chantres, los cantaban solos; el pueblo contestaba al fin de cada salmo (*Concil Laodic.*, c. XVI.—Euseb. *Hist. eccl.*, II, 17, VIII, 30). Quizá sea este el género de salmodia á que aluden los Padres anteriores al siglo IV. Sabemos por Casiano (l. II, 5) que, entre los monjes, uno solo cantaba un salmo entero de pie, mientras que los demás escuchaban y meditaban. En las comunidades numerosas, cierto número de monjes, cuatro ordinariamente, eran designados para cantar en coro; todos los demás escuchaban en silencio.

No parece que el canto, por lo menos aquel en que tomaba parte el pueblo, se haya establecido en Occidente antes del siglo IV. San Ambrosio es el primero que hizo cantar al pueblo en Milán, para hacer agradables las largas horas que pasaba en la iglesia durante la persecución de la emperatriz Justina. Este hecho nos ha sido revelado por San Agustín (*Confess.*, IX, 7), que fué testigo ocular: «Para mitigar el fastidio que hubiese podido causar al pueblo, se estableció el canto de los himnos y de los salmos, según la costumbre de las iglesias de Oriente. Excelente práctica que todavía dura, y que casi todas las iglesias del mundo observan á ejemplo de la de Milán.»

Vemos, pues, que el canto á dos coros pasó de las iglesias de Oriente á las de Occidente, y que de entre éstas, á Milán corresponde la iniciativa; esto es lo que claramente explica el sacerdote Paulino, autor de una *Vida de San Ambrosio:* «En este tiempo fué cuando por primera vez empezaron á celebrarse en Milán las antífonas, los himnos y las vigilias.» En su primera significación, la palabra *antífona* no designa sino el canto alternativo, lo que San Basilio explica del siguiente modo (*Epist.*, LXIII): *In duos choros divisi alternatim psallunt.*

Al dar participación á los pueblos en los cantos de iglesia, se guiaron los Padres por un fin altamente moral. Sabían, y San Crisóstomo lo confiesa con toda formalidad (*In psalm* XLI), que el canto tiene la virtud de adormecer las pasiones, de libertar al alma de las trabas de los sentidos y de hacerla disfrutar los deliciosos encantos de la verdad. Por lo que respecta al canto de los salmos en particular, fué instituído,

dice San Basilio (*In psalm.* I), para fortalecer nuestro corazón y elevarnos á Dios por medio de tan santa armonía, para animar nuestros espíritus, para fortificarnos en nuestras debilidades y consolarnos en nuestras penas. San Ambrosio nos dice (*Præfat in psalm.*) que, á ejemplo de David, que cantaba en el templo, los reyes de su tiempo cantaban con el pueblo, y los emperadores unían su voz á la de sus súbditos en la iglesia : *Psalmus cantatur ab imperatoribus, jubilatur a populis.*

El Obispo de Milán compara el canto de la Iglesia con las olas del mar, cuyo flujo y reflujo se nos representa por el prodigioso número de pueblos que vienen á la iglesia, y el ruido de las olas por las voces de los hombres y mujeres, de las vírgenes y de los jóvenes (*Hexam.*, III, 5). San Agustín todavía, bajo la impresión de las emociones de su bautismo, expresa de la siguiente manera el efecto que los sagrados cánticos producían en su alma (*Confess.*, IX, 9) : «Conmovido hasta el fondo del alma con los dulces acentos que resonaban en vuestra iglesia, ¡ cuántas lágrimas he derramado al oir el canto de los himnos y los cánticos que ha dedicado á vuestro nombre! porque al penetrar vuestra verdad en mi corazón á medida que el canto llegaba á mis oídos, me sentía yo tan lleno de ardiente piedad , que me deshacía en llanto, y este llanto me colmaba de dicha : *currebant lacrymæ, et bene mihi erat cum eis.*» San Isidoro de Sevilla dice que el canto á dos coros se constituyó á semejanza del de los serafines que cantaban por turno: *alter ad alterum.*

Todo esto da alta idea de los cantos de la Iglesia primitiva, y de la manera como se ejecutaban. Pero más tarde se deslizaron abusos en esta plausible práctica; al entibiarse la piedad disminuía también el celo de los pueblos por los sagrados cánticos; la ignorancia del canto, la desigualdad de las voces, acabaron de destruir en breve esta bella armonía. Entonces se vió la Iglesia en la necesidad de prohibir el canto al pueblo y de establecer los chantres, que parecen haber formado uno de los órdenes menores. Porque, además de los nombres de *salmistas* y de *chantres*, llevaron también el de *confesores*, como se ve en el canon XI del Concilio de Cartago; y con este nombre son designados en la antigua oración del Viernes Santo, inmediatamente después de los Ostiarios ó guardianes de las iglesias: *Oremus..... pro lectoribus, ostiariis,* CONFESSORIBUS.

Recibieron este nombre, según toda apariencia, porque cantar los salmos equivale á confesar el nombre de Dios, al alabarlo públicamente. *Confitemini Domino quoniam bonus* (*Ps.* CV, 1). Estos salmistas son también llamados *confesores* en el canon VI del primer Concilio de Toledo celebrado en 400, en el cual se les prohibe visitar las casas de las doncellas y de las viudas, so pretexto de cantar con ellas á dos coros, á menos que estén presentes el obispo ó el sacerdote. *Nulla professa vel vidua, absente episcopo vel presbytero, in domo sua* ANTIPHONAS *cum confessore..... faciat.* Todavía vemos aquí la palabra *antífona* usada para expresar un canto en coro. Sabemos por San Sidonio Apolinario (l. IV, ep. II) que Claudio, hermano de San Mamerto, obispo de Viena, desempeñaba el cargo de chantre; entonaba los salmos y señalaba las lecciones que debían ser cantadas en coro. *Psalmorum hic modulator et phonascus.*

Como quiera que sea, el orden de los cantores fué creado por el Concilio de Laodicea (can. XV): *Non oportere amplius præter eos qui regulariter cantores existunt, et qui de codice canunt, alios in pulpitum conscendere, et in ecclesia psallere,* «á excepción de aquellos que son considerados regularmente chantres, y que cantan con el libro á la vista, no se permite á otros que suban al púlpito y canten en la iglesia.»

Sin embargo, costumbre opuesta á esta regla se sostuvo algún tiempo todavía en Occidente: así lo prueban los testimonios que hemos citado más arriba, de San Ambrosio, de San Agustín y también de San Jerónimo, el cual (*Epist. ad Sabin*) nos presenta á los pueblos acudiendo á las iglesias y cantando en las vigilias de las solemnes fiestas. Mas, por último, el canto ejecutado exclusivamente por los chantres eclesiásticos no tardó en prevalecer en las iglesias occidentales. San Gregorio llegó hasta prohibirlo á todos los sacerdotes y diáconos, y dispuso que en lo sucesivo los clérigos inferiores serían los únicos que desempeñarían esta función, de modo que los chantres con título cantaban los himnos y los salmos, mientras que todos los concurrentes á la asamblea escuchaban en silencio. Así es como todavía se ejecuta el canto en la capilla del Soberano Pontífice y en el coro de las grandes basílicas romanas.

II. Opinan los eruditos (véase Millin, *Dictionn. des beaux-arts.*, II, 540) que la música de iglesia, en su origen y aun en su estado actual entre los Latinos, es un resto desfigurado, es verdad, pero de gran importancia todavía, de la música griega. Tiene preciosos fragmentos de la antigua melodía y de sus diversos modos. Estos diversos modos, tales como nos han sido conservados en los antiguos cantos eclesiásticos, tienen una belleza de carácter y una variedad de impresión muy sensible á los inteligentes no advertidos y que cuentan con buen oído para apreciar los sistemas armónicos basados en principios distintos de los nuestros. Agradecimiento debemos (Millin, ibíd.) á los que se han opuesto hasta hoy á las ridículas combinaciones de nuestro sistema de armonía con el de los modos antiguos.

La sencillez y la gravedad constituían, pues, el carácter esencial del canto eclesiástico primitivo. Sócrates nos lo indica cuando dice (*Hist. eccl.*, II, 13) que San Atanasio, al reprobar cierta languidez que se había introducido en la salmodia, se dedicó á excluirla de la Iglesia de Alejandría, donde tomara carta de naturaleza, para dar al canto su severidad primitiva, de tal modo, que desde entonces los Alejandrinos parece como que recitaban los salmos más bien que cantarlos. San Agustín es quien nos facilita la siguiente exacta noticia (L. X, *Conf.* 33): *Tam modico flexu vocis faciebat sonare lectorem psalmi, ut pronuncianti vicinior esset quam canenti.* San Isidoro de Sevilla habla en el mismo sentido (*Offic.*, I, 5). Sábese que los donatistas echaban en cara á los católicos esta modestia del canto, y, en efecto, el de esos herejes imitaba, por lo bronco de los sonidos de la voz, el atronador ruido de las trompetas, dice todavía San Agustín (*Epist.* CXIX): *Quasi tubas inflammantes.* El canto llegó á ser tan sencillo, que se separaba casi por completo de toda especie de arte. Pero esta disciplina duró poco entre los Griegos.

También los Latinos observaron hasta el siglo IV la misma sencillez en el canto de los salmos, y San Ambrosio pasa por ser el primero que introdujo por esa época cierta modulación. Pero en tiempo de San Ambrosio, como hemos visto, el canto se había ya extendido á todas partes en la Iglesia latina, y San Jerónimo se queja (*Comment. epist. ad Ephes.*, V) de que ya entonces los cantores hubieran traído á la Iglesia las modulaciones teatrales. De este testimonio deducimos que San Ambrosio no hizo más que reprimir esa afeminada languidez; no se comprenderían de otro modo las piadosas emociones que San Agustín experimentaba al escuchar el canto en la iglesia de Milán.

Algunos abusos se habían deslizado en Roma en la modulación de los salmos; el Papa Gelasio los corrigió en el siglo V (*Concil. Rom.*, ann. 494).

Pero en el siglo VI inventó San Gregorio un nuevo género de canto, desconocido de los antiguos, y que fué llamado *canto llano*, y más tarde *canto gregoriano*, del nombre de su autor. Este canto, si hemos de creer á Kircher (*De ant. mus.*, l. I), se distinguía por las siete primeras letras del alfabeto, *a*, *b*, *c*, *d*, *e*, *f*, *g*. Por la repetición de estas letras aquel Papa formó una escala musical, señalando el tono de cada una de las sílabas que debían cantarse.

Este Pontífice quiso que los cantos litúrgicos se ejecutaran con grave y natural tono, y desechó las modulaciones teatrales en ellos introducidas, porque antes no había reglas, y los cantores se dejaban llevar de sus caprichosas inspiraciones (Joan. Diac. *In Vit S. Greg.*, l. IV, 10, 19). Fundó, pues, en Roma una escuela de cantores, y no perdió ninguna ocasión para hacer adoptar su canto y su método en todas las Iglesias de Occidente. Las de Italia fueron las primeras en recibirlo; y en el siglo VIII se extendió á todas las Iglesias del Imperio de Occidente, por virtud de un decreto de Carlo-Magno (*Capitul.*, an. 705, cap. 80), á quien el Papa Adriano I había enviado un antifonario romano, anotado por el mismo San Gregorio, y además dos clérigos de la escuela de los cantores de Roma, Teodoro y Benito, que enseñaron en Soissons y en Metz el canto gregoriano en toda su pureza, puesto que llevado con anterioridad á Francia por el Papa Esteban III, á petición del rey Pipino, se había corrompido por la falta de habilidad y de aptitud de los cantores franceses, como confiesa Longueval (*Hist. de l'Eglise gallic.*, t. IV, página 444). Análoga misión á la de Teodoro y Benito desempeñó en Inglaterra un primer chantre de la escuela romana que el Papa Agatón había enviado á esa isla para enseñar á los clérigos ingleses la dirección anual del canto, *cursum annum canendi* (Kircher. *De antiq. mus.*, l. I, c. 9.—Beda. *Hist. eccl. Angl.*, l. I, c. 18).

III. Un pasaje de Casiano, citado más arriba, demuestra que el canto de los salmos estaba en uso en los monasterios, así como en las iglesias del clero. Podemos citar como otro dato en la materia una carta de San Paulino á Vitrix de Ruan. *Ubi quotidiano psallentium per frequentes ecclesias et monasteria concentu..... et cordibus delectantur et vocibus.* Algunas veces los clérigos y los monjes cantaban juntos el mismo oficio. San Sidonio es quien nos lo dice (V, 17): *Monachi clericique psalmicines vigilias concelebraverant.* También elogia (IX, 3) á Fausto, obispo de Riez, por haber llevado á su Iglesia el canto que se observaba en Lerins. En su carta al monje Rústico, San Jerónimo le recomienda decir el salmo con orden y procurar más bien la devoción en el corazón que la dulzura en la voz. Tal opinión está conforme con las reglas de San Hilario, de San Macario y de Serapión, que prohibían á todo monje cantar sin haber recibido orden del abad. Según la regla de San Aureliano, los monjes deben cantar uno después de otro. El canto á dos coros fué muy pronto adoptado en los monasterios; según este método, que era seguido en Lerins, San Agrícola, que fué trasladado de esta abadía á la silla episcopal de Aviñón, dispuso el canto de su Iglesia (véase para más detalles á Grancolas, *Traité de l'office divin.*, pág. 257).

No parece que el precepto de San Pablo, prohibiendo á las mujeres hacer oir su voz en la iglesia para instruir, haya sido nunca aplicado al canto, porque vemos en San Isidoro de Damieta que ellas cantaban allí, y San Gregorio de Nacianzo alaba á su madre porque permanece silenciosa durante el oficio, y no abre la boca más que para cantar y para responder al celebrante; esta respuesta no es

más que la aclamación *Amen*, cantada por todo el pueblo.

Los *Capitulares* (II, 76) todavía permiten á las mujeres cantar en las inhumaciones, alternando con los hombres; los hombres entonaban el *Kyrie*, y las mujeres respondían (VI, 194): *Viris inchoantibus mulieribusque respondentibus, alta roce canere studeant.*

Respecto á las monjas, San Agustín (*Epístola* CCIV), en su regla, les recomienda cantar en su oratorio. «En el oratorio, cuando suplicáis á Dios con himnos y salmos, tened en el corazón lo que pronunciáis con la boca, y no cantad más que lo que leyereis que deba ser cantado; pero lo que la regla no dispone, no lo cantéis.» Más tarde los cánones de la Iglesia arreglaron esta materia; el segundo Concilio de Chalons-sur-Saône en 813, ordenó á las religiosas el canto del oficio, así como el de Aquisgram, celebrado en 816, lo prescribió á los canónigos: *Sanctimoniales in monasterio constitutæ habeant studium in legendo, in cantando, in psalmorum celebratione, et horas canonicas celebrent*, «que las religiosas constituídas en monasterio se dediquen á la lectura, al canto, á la celebración de los salmos, y que observen las horas canónicas».

No debemos llevar más lejos esta ojeada histórica que ha traspasado ya los límites que nos hemos impuesto.

**CAPA.**—Esta vestidura, llamada también *pluvial*, porque fué adoptada por los sacerdotes para preservarse de la lluvia en las procesiones, es muy antigua en la Iglesia. La capa no era, en un principio, sino la *lacerna* de capucha, abierta por delante y fijada sobre el pecho con un broche, que las personas usaban contra la lluvia en la antigüedad, y tal como un artista del siglo VI la ha puesto á San Abdón y San Senén en un fresco del cementerio de Ponciano (Bottari. *Rom. sott.*, tav. LXV.—Véase también el artículo *Abdón y Senén*). Aunque desfigurada la capucha, en las capas actuales todavía se distingue. Como los demás vestidos vulgares, la capa, al introducirse en las costumbres del culto, recibió modificaciones y adornos sucesivos, que nada tienen de común con los antiguos.

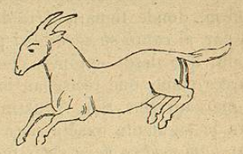
**CAPITILAVIUM.** — Véase el artículo *Abluciones*, n. I.

**CAPITOLIO.**—Véase el artículo *Lapsi.*, n. I.

**CAPÍTULOS.**—Véase el artículo *Oficio divino.* Apéndice 3.°

**CARDENALES.**—Véanse los artículos *Títulos* y *Curas párrocos.*

**CARNERO.**—Algunos arqueólogos han mirado el carnero como un símbolo distinto del cordero (véase el artículo *Cordero*), dándole especial significación cuando aparece en las monumentos cristianos. San Ambrosio dice



que se considera como símbolo del Verbo, aun por aquellos que niegan la venida del Mesías (*Epist.* LXIII), y hace en seguida curiosas comparaciones por las cuales se explicaría la práctica admitida en la primitiva Iglesia de poner algunas veces el carnero en lugar del cordero (véase el artículo *Buen Pastor*). «El carnero, dice este Padre, cría su vellón y lo lava en agua para aumentar su blancura y para agradarnos. Así Jesucristo ha lavado nuestros pecados, y los ha lavado con su sangre á fin de que pudiéramos agradar á Dios, su Padre. El carnero, con su voz, guía el rebaño de que es jefe, y viste al pastor con su lana: así Jesucristo, como Dios, nos viste por su creación y su providencia, y nos conduce al puerto de salvación por su doctrina, por su redención y por su gracia (*De Abraham*, II, c. 8). El carnero pelea y aterra al lobo. Jesucristo vence al demonio (*Enarrat. in ps.*, XLIII). El carnero fué detenido en las zarzas para ser sacrificado en lugar de Isaac. Jesucristo, que debía con la suya elevar nuestra carne de la tierra, fué víctima por nosotros; y á la manera del carnero, que humildemente se calla ante el que lo esquila (Is., LIII, 7), así Jesucristo no abre la boca en presencia de los que le dieron muerte» (*De Abraham*, I, 6).

Como símbolo de la fuerza y como estímulo para combatir con valor al enemigo de nuestra salvación, es como el carnero se representa en ciertos monumentos relativos al bautismo, especialmente en una pila bautismal de Pisauro, en los cementerios donde los cristianos buscaban un asilo durante las persecuciones (véase Perret, vol. III, pl. VIII), y por último, en las piedras anulares (ídem, IV-XVI), en las que acostumbraban figurar imágenes apropiadas para fortalecerlos en aquellos tiempos desgraciados. San Ambrosio concluye que nosotros también debemos convertirnos en carneros (*In ps.* XLIII), y rechazar, abatir á nuestro enemigo común por la fe y la virtud de Jesucristo, que está representado por el cuerno de que se habla en el salmo XLIII (V, 7): *In te inimicos nostros ventilabimus cornu*, «en vos encontraremos la fuerza necesaria para abatir á nuestros enemigos»; literalmente: «por ti arrojaremos al aire á nuestros enemigos con los cuernos.»

Otros muchos Padres han considerado al



carnero enredado en la zarza como la imagen de Jesús coronado de espinas (S. Prosp. *De promiss. Dei*, pars. I, c. 17), ó de Jesús crucificado (Aug. *In ps.* L.). Por esta razón, sin duda, se ven con frecuencia dos carneros uno frente al otro, con una cruz en medio de ellos, especialmente en capiteles de columnas, como, por ejemplo, en San Ambrosio y San Celso de Milán (Allegranza. *Sacr. M. di Mil.*, tav. VII, etcétera). Vemos, pues, que el principio de todas estas doctrinas es el carnero del sacrificio de Abraham, y el mismo Nuestro Señor nos dice (Joan., VIII, 56) que se concedió al santo Patriarca pudiera prever todas estas analogías, por lo que de ello regocijóse profundamente.

**CARTAS ECLESIÁSTICAS.**—I. Antes de emprender un viaje, los primeros cristianos se presentaban á su obispo, y le pedían una certificación, ó distintivo, *contesseratio hospitalitatis*, dice Tertuliano en el libro de las *Prescripciones* (cap. XX), cartas de recomendación que les servían para darse á conocer, para ser admitidos á la comunión y recibir hospitalidad de las comunidades cristianas por donde pasaban.

Como los fieles no tenían nada oculto para aquellos que, según la expresión de San Pablo, eran los servidores de la fe, *domestici fidei* (*Galat.*, VII, 10), y con los cuales no formaban sino un solo cuerpo: *Corpus sumus de conscientia religionis, et disciplinæ unitate, et spei fœdere*, «nosotros somos un mismo cuerpo por los vínculos religiosos, la unidad de la disciplina y la común esperanza» (Tertul. *Apol.*, XXXIX), debían tomar las mayores precauciones para no admitir impostores, infieles ó cristianos inconsecuentes ó marcados con algún justo anatema, en la participación de los santos misterios y de los goces de franca y amistosa conversación. También las *Constituciones apostólicas* (c. X) amenazan con la excomunión á aquellos que hubiesen recibido, sin esta especie de pasaporte, *præter commendatitias litteras*, á un clérigo ó á un laico que no estuvieran dirigidos por la Iglesia. Y aunque este origen de los documentos sea menos antiguo que su mismo nombre parece indicarlo, es indudable que la costumbre que los ha consagrado estuvo en vigor en los tiempos de San Pablo, puesto que este Apóstol cita á los Corintios el conocimiento de su persona y de sus obras, para dispensarse de exhibir las suyas (2 *Cor.*, III, 1): «¿Tenemos necesidad, como otros, de cartas de recomendación cerca de vosotros ó de vuestra parte?», *numquid egemus* (*sicut quidam*) *commendatitiis epistolis ad vos aut ex vobis?* Uno de los más bellos ejemplos que pudiéramos citar de estas recomendaciones, es la carta que los mártires de Lión enviaron á San Ireneo cuando este volvió á Roma, cerca del Papa Eleuterio: «¡Os deseamos felicidades en todas las cosas y en todos los tiempos, salud y bendición en Dios, padre Eleuterio! Hemos rogado á nuestro santo hermano y compañero Ireneo que te entregue esta carta. Te lo recomendamos y te suplicamos lo mires como hombre lleno de amor y de celo por el testamento y la nueva ley del Salvador. Si creyéramos que la dignidad contribuye al mérito, te lo recomendaríamos como un hombre elevado al honor del sacerdocio» (ap. Euseb. *Hist. eccl.*, V, 4).

Luciano (*De morte Peregrin*, t. II, pág. 766), que conocía bien las hospitalarias costumbres de los cristianos, encuentra la ocasión de ridiculizarlos porque se habían dejado engañar por un impostor llamado Peregrino, que después de haber abusado mucho tiempo de la buena fe de los fieles, acabó por ser descubierto y expulsado de entre ellos.

Juliano, por el contrario, admirado de esa sabia institución, quiso llevarla al paganismo, empeñado en dar á éste vida, introduciendo sangre cristiana en sus venas. Esto es lo que nos enseña San Gregorio de Nacianzo, en su tercer discurso contra este Príncipe; y el historiador Sozomeno, que refiere el mismo hecho (*Hist. eccl.*, V, 16), copia una carta íntegra del Apóstata á Arsaces, gran sacrificador de la Galasia, la cual contiene las prescripciones más preciosas referentes á este asunto. La parte más notable es la relativa á las cartas de recomendación: «Lleno de admiración principalmente por las observaciones y señales de las cartas episcopales, mediante las cuales se tiene la costumbre de recomendarse recíprocamente los viajeros, dispuso que de cualquiera parte que procedieran, fuesen los viajeros recibidos como conocidos y amigos, y tratados con bondad, con arreglo al testimonio de notas de la misma clase.»

II. La asistencia de los extranjeros y la seguridad del comercio entre los fieles no eran las principales razones que determinaron á la Iglesia á establecer las cartas de comunión. Miras más importantes é ideas más elevadas las originaron. Destinadas las cartas de comunión especialmente á los eclesiásticos, servían para unir entre sí á los pastores más separados por largas distancias, para convertir todos los obispos en un solo episcopado, y de varias sociedades cristianas hacer una sola Iglesia, como oportunamente dice Tertuliano (*Præscript.*, XX): «Tantas y tan grandes Iglesias no son, por tanto, sino una sola y primera Iglesia, venida de los Apóstoles, y de la cual proceden todas las demás. De este modo, todas son la primera Iglesia, todas son apostólicas; luego todas juntas observan la unidad, tienen la comunión de la paz, la apelación de fraternidad, y la misma señal de hospitalidad, derechos todos que no están regidos por otro medio que por la única tradición de un mismo sacramento». Al contrario, las sociedades heréticas